

---

**C A P Í T U L O I X**

**Donde se empieza a contar la historia de Santiago**

La provincia de Sanisidro, llamada así por el nombre de su ciudad capital, está situada no muy lejos de la línea del Ecuador, en una de las nuevas repúblicas sur-americanas. Es abundantísima de frutos, de variados climas y montañosa en su mayor parte. Por esta causa, y por falta de puertos sobre el mar, se ha mantenido en cierto aislamiento con respecto a las provincias vecinas, no obstante su trato y comercio con ellas.

A pesar del adelantamiento de las vías públicas en todo el país, sus caminos, con pocas variantes, son los mismos que tenían los indios al tiempo de la conquista. De uno a otro de sus cantones, el tráfico se hace a caballo, ascendiendo o bajando por empinados cerros, cruzando páramos solitarios, o caminando por las márgenes de ríos torrentosos.

A diez leguas de la ciudad de Sanisidro, está situada la villa de Mapiche, cabecera de uno de los cantones más retirados de la provincia, edificada sobre una montaña altísima, que ofrece en sus faldas ancho campo para la industria agrícola y pecuaria. Vegas llenas de cultivos, prados extensos, siempre húmedos y empastados, clarísimos arroyos, selvas hermosas, colinas cubiertas de verdura unas, y desnudas otras, riscos inaccesibles a lo lejos, confundidos con las nubes, que semejan torres y muros de castillos fantásticos.

La villa de Mapiche tiene de ochocientas a mil almas, y tres pueblos sufragáneos. Peña Negra, las Cocuisas y el Granadillo, situado este último a dos leguas de la villa, pintoresca aldea, de clima más templado y ricas haciendas de café, cacao y cañas de azúcar. El Granadillo se halla más bajo,

casí en el fondo de un anchísimo valle, formado por el río de las Ánimas, que es el principal y más caudaloso del cantón.

Inalterable armonía reinaba entre las familias de Mapiche, las cuales vivían sin lujo ni vanas apariencias, en un estado de comodidad y riqueza no apreciables para ellas mismas, sino para los extraños que tenían ocasión de admirar aquella vida apacible y de inocentes goces, reducida a trabajar honradamente en su oficio cada persona, toda la semana, para descansar el domingo, después de haber cumplido con el precepto de oír misa entera, como lo manda la Iglesia, yendo los que vivían en el pueblo a pasear al campo, y al contrario, viniéndose para la villa los que de continuo lo pasaban en el campo, ocupados en las faenas agrícolas.

Un nuevo y castizo poeta extremeño, don José Gabriel y Galán, nos pinta magistralmente ese estado envidiable, en versos que no desdeñaría el mismo Lope de Vega.

*La vida era solemne,  
puro y sereno el pensamiento era,  
sosegado el sentir; como las brisas,  
mudo y fuerte el amor; mansas las penas,  
austeros los placeres,  
raigadas las creencias,  
sabroso el pan, reparador el sueño,  
fácil el bien y pura la conciencia.*

Todos medían sus posibles por los rendimientos de su hacienda o su trabajo industrial, sin que entrase jamás en los cálculos de ningún propietario, artesano ni aprendiz, llegar a rico por el camino de la política. Al contrario, se consideraba una carga muy pesada el servicio público, por ser entonces de grave responsabilidad y poco provecho.

Tan insignificantes eran los sueldos, que el secretario del Ayuntamiento, único empleado del cuerpo a quien se pagaba su servicio, ganaba por mes cuatro pesos! El jefe del cantón, aunque era la primera autoridad política del lugar, no ganaba sueldo ni derechos: era cargo de servicio obligatorio y gratuito; y por ello no sorprenderá el hecho histórico de cierto ciu-

dadano de Mapiche, que no habiendo comprobado legalmente su excusa, llegó a verse compelido por sentencia judicial a servir el empleo de jefe político, para el cual había sido nombrado.

Desgraciadamente para la fecha a que se refiere esta historia, Mapiche era ya otro: esa generación de hombres, que incurrieron en la *tontería* de servir leal y gratuitamente a su patria, había sido reemplazada por otra, más ilustrada y progresista, que hacía consistir su mayor *viveza*, en vivir a costa del tesoro público. Desde que se aumentaron los empleos y se dotaron con buenos sueldos, la política tomó otra faz: vino a ser negocio apetecible.

Despertaron las ambiciones lugareñas, vinieron las divisiones, las intrigas ante los gobernantes y caudillos que se sucedían en el escenario de la vida pública, la constante inquietud de los vecinos, las rencillas por celos de poder o de influjo, todo con mengua de la contracción al trabajo y del adelantamiento de la riqueza pública y privada.

La aldea del Granadillo, sufragánea y dócil hasta allí, pedía su autonomía, invocando los principios federales. No quería ser menos que Mapiche, y aspiraba a ser cabecera del cantón o vivir independiente.

Nunca se había conocido en Mapiche guardia permanente. Los criminales eran aprehendidos por los ciudadanos, de orden de la autoridad, custodiados en la cárcel algunas horas, y remitidos a Sanisidro, a disposición de los jueces superiores. Pero cuando el pueblo vio tantas idas y venidas, tantas vueltas y revueltas en los que ejercían el gobierno, acabó por perder el respeto debido al principio de autoridad, y no vio ya en el magistrado ni en el Juez, al hombre de la ley, sino al partidario complaciente, o al enemigo triunfante: y entonces fue menester cambiar el bastón de mando y las varas de la justicia, por sables y fusiles, siempre prontos a hacer respetar por la fuerza los fueros de la autoridad, y contener las rebeliones armadas.

Cierta vez rezaban el trisagio en la casa del Vicario de Mapiche, a causa de una fuerte tempestad que se había desatado sobre la villa, entre nueve y diez de la noche. La luz de los relámpagos hacía palidecer el vivo resplandor de las velas de cera encendidas en el altar. De pronto se oyeron recios y repetidos golpes en la puerta de la casa. El rezo fue interrumpido en estos momentos por una fuerte descarga eléctrica, que hizo dar un grito

de pavor al Vicario y su servidumbre, a tiempo que continuaban resonando los toques en la puerta con doble fuerza.

El Vicario mandó abrir en seguida, y una pobre anciana, empapada de pies a cabeza, entró a poco en la misma sala donde rezaban.

—¡Romualda! ¿Qué novedad hay? —le preguntó el Vicario.

—Que lo manda llamar la niña Dolores con mucho apuro —contestó temblando de frío y de angustia la infeliz anciana.

—¿Con este tiempo?

—Es que se ha puesto muy mala de un momento a otro, y no quiere perder el sentido sin que su merced vaya a verla y auxiliarla.

—¡Santa Bárbara bendita! —exclamaron todos a una voz, llevándose las manos a la cabeza: otro gran trueno había reventado como un cañonazo, en seguida de un relámpago que los ofuscó a todos.

—Ya ves, Romualda, que es imposible salir con este tiempo. Espere-mos a que calme la tempestad.

La anciana, rendida de cansancio y doblemente angustiada, se acurrucó en un rincón de la sala, diciendo con lágrimas en los ojos.

—¡Qué calamidad, Dios mío! ¡Está tan mala, señor Vicario, que quizá no vamos a encontrarla viva!

Se reanudó el rezo con más fervor, a la luz de una vela de la Candelaria, encendida en puesto notable. Los truenos y la lluvia torrencial iban calmándose poco a poco, cuando resonaron de nuevo en la puerta varios toques, acompañados de lastimeros gritos.

En esta vez, todos se quedaron en suspenso algunos instantes, y salió el Vicario en persona a ver quién era. Un pobre niño lloraba, prendido del aldabón de la puerta.

—¡Santiago! —gritó Romualda, que había salido detrás del Vicario, y se precipitó sobre la tierna criatura.

—¡Mi mamá se está muriendo! ¡Corra, corra, mamita!...

—¡Mis zapatones y el paraguas, pronto, pronto! —gritó el Vicario, volviendo al interior de la casa, con una rapidez y energía extrañas en su edad.

Un momento después, guiados por un farol que llevaba Romualda, y dando traspiés por las anegadas calles, llegaban el Vicario y el niño a la casi-

ta de la moribunda, que estaba en tinieblas. La única vela encendida que había en el aposento, lanzaba a intervalos sus postreros resplandores, reducida a pavezca en un candelero de barro.

La enferma estaba casi exánime sobre el lecho, en medio de una pobreza que oprimía el corazón. Tenía desfigurado el rostro por el terrible mal que desde hacía algún tiempo la mantenía postrada en la cama: era un cáncer. Reanimada un tanto por la mano activa y solícita de Romualda, abrió los ojos con suma lentitud, y al reconocer al Vicario, hizo empeño por hablar, pero no pudo.

—Es que quiere darle la carta —dijo el niño.

—¿Qué carta? —preguntó el Vicario.

—Una que ella tiene aquí, debajo de la almohada.

Y, en efecto, el niño sacó de allí un pliego, que puso en manos del Vicario, a tiempo que en el pálido semblante de la enferma se pintaba una triste expresión de inteligencia y alegría: aquel papel contenía su última voluntad.

Dolores era viuda. Recién casada, tuvo la desdicha de perder a su esposo, muerto trágicamente en un tiroteo habido entre bandos eleccionarios. Desde entonces vivió, digámoslo así, uncida fatalmente al carro incendiario de las discordias civiles. El género de muerte que le había arrebatado a su esposo, encendió en su alma, con doble fuerza, la pasión absorbente de la política banderiza, y puso su existencia a merced de los caprichos y bruscas alternativas de ese juego de odios y lisonjas, en que la ganancia es incierta, y muy segura la pérdida del decoro personal, la paz de las familias y la tranquilidad pública.

Y no faltaba razón a Dolores, porque el predominio del bando de sus simpatías, no sólo significaba para ella la honra y enaltecimiento de la memoria de su finado esposo, a quien se tributaban los exagerados elogios del estilo enflautado de la prensa política, como paladín heroico, mártir ilustre, brillante apóstol de la causa, etc., sino que le proporcionaba también eficaz alivio en su pobreza extrema, por la pensión que le decretaban, y las consideraciones de que era objeto por parte del gobierno y los particulares.

En cambio ¡qué angustiada y triste se ponía, cuando le llevaban malas noticias! El triunfo del bando contrario era su ruina moral y material. La polí-

tica juega hasta con la memoria de los muertos. El heroísmo, la abnegación y los sacrificios de su esposo, venían a convertirse en delitos y causas de persecuciones; la pensión quedaba *ipso facto* borrada del presupuesto, y se alejaban de su casa, como por encanto, la mayor parte de los amigos que la colmaban de atenciones y agasajos. Sus propios partidarios llegaron a olvidarla, cuando ya dejó de ser incentivo de las pasiones la muerte trágica de su esposo; y poco a poco fue quedando la pobre Dolores en la amarga soledad de la miseria.

En estas circunstancias le sobrevino la enfermedad que debía llevarla al sepulcro. Miró en torno suyo con profundo pesar, porque no tenía parientes allegados, y solamente vio la noble figura del Vicario, padrino de bautizo de su único e idolatrado hijo. Escribióle una carta-testamento, en que lo nombraba tutor de Santiago, y en que recomendaba a éste que jamás se apartase de los consejos del Vicario, ni de la compañía de Romualda, excelente mujer que había criado a Dolores desde niña, y criado también a Santiago con doble cariño.

El Vicario leyó la carta sin poder ocultar la turbación de su espíritu, ante un cuadro semejante de desolación y amargura. Ofrecióle de todo corazón cumplir con tan delicado encargo, y le dio los auxilios de la Religión, con gran piedad, y acompañados de palabras de consuelo y suprema esperanza. Luego se despidió, dejando a la enferma en estado de aparente mejoría.

Las calles seguían anegadas, y las aceras tan resbaladizas, que el buen sacerdote creyó lo más seguro no servirse de ellas, y echar por los empedrados. Iba en lo oscuro, porque la luz de su farol era la única que quedaba alumbrando la casa de la enferma, pero el cielo estaba ya despejado, y una vaga claridad de luna naciente hacía perceptibles ciertos puntos blancos en el suelo, que eran pozos de agua, pero que el santo Vicario tomaba por piedras, y pisaba en ellos, mojándose mucho más de la cuenta.

Al volver una esquina, se vio detenido de súbito.

—¡Alto! ¿quién vive?

—La patria, la patria —contestó el Vicario.

—¿Qué gente?

Aquí fue el mayor apuro del manso levita. ¡Había tantos y tan repentinos cambios en el gobierno de Mapiche!

—Es el Vicario, mis amigos.

—¡Haga alto el señor Vicario! ¡Cabo de guardia, a reconocer! —gritó desgañitándose el centinela del retén.

Muy afortunado anduvo el Vicario, primero porque no lo echaron a la espalda, y luego, porque el cabo era un oficial de albañilería, que en esos días le había hecho ciertos reparos en la casa.

—¡El señor Vicario por aquí! —le dijo con mucho respeto.

—Una confesión, Nicasio.

—Pues mire que las cosas están muy feas. Procure llegar pronto a su casa.

—No tengas cuidado, pero de paso debo decirte, que con la lluvia torrencial de esta noche, se abrió de nuevo la gotera de la sala, que tú cogiste, para que vuelvas por allá cuando puedas, a cogerla otra vez.

—Está muy bien, señor Vicario, y écheme la bendición.

—Dios te bendiga, Nicasio.

No era la primera que le pasaba al padre Juan, que este era el nombre del Vicario, pero él tenía lo que puede llamarse la filosofía del terruño, o sea el don de sobrellevar prudentemente los usos y abusos de la tierra, que no estaba en su mano corregir ni evitar.

Al día siguiente, murió la viuda. Arreglada la mortuoria, el padre Juan creyó lo más conveniente llevarse para su casa a Santiago, que tendría diez años, y a Romualda, la fiel criada que amaba al niño con toda su alma. Aunque el Vicario tenía una hermana, vivía solo, porque ésta asistía con su marido en un campo no lejos de la villa, por lo que fue para él ganancia inapreciable conseguir para ama de llaves una mujer de la honradez y cualidades de Romualda, una de esas criadas que sirven en las casas de familia, no por interés del salario, sino por vínculos de afecto muy estrechos.

Santiago fue puesto en la escuela, y al mismo tiempo aprendía a sastre y servía de monaguillo en la iglesia, que para todo hay tiempo cuando se comparte con método. La buena índole y condiciones del niño, cautivaron por completo al padre Juan, hasta el punto de despertar celos en su hermana, llamada doña Paula, que llegó a quejarse de él, porque manifestaba más cariño e interés por Santiago que por sus propios sobrinos. Esto no pasaba

de ser una broma de la buena señora, por ver en aprietos al Vicario, porque también ella reconocía y admiraba las buenas prendas del huérfano.

Cualquier otro muchacho, de genio menos dulce, se habría criado engreído y voluntarioso, porque no eran para menos las contemplaciones y mimos de que era objeto, por parte del Vicario, y más aun de Romualda, que lo llamaba por antonomasia el niño, siendo para ambos alegría de la casa y consuelo en la vejez. Por su parte, el muchachito amaba a aquellos dos seres con toda la ternura de su corazón. No conocía más familia en el mundo.

Así corrieron los años: Santiago llegó a la edad de la adolescencia. El padre Juan, por egoísmo de cariño, no había querido mandarlo a Sanisidro, a cursar los estudios de filosofía en el colegio. Quiso más bien servirle de maestro en lo que pudiera enseñarle, fuera de la instrucción primaria que había recibido en la escuela. Al efecto, puso en sus manos la gramática latina, pero luchó en vano: por una parte, el chico no tenía afición a las letras, y por otra, sucedía al padre Juan lo que a los padres de familia que quieren ser preceptores de sus hijos: que sea por esto o por aquello, es lo cierto que nunca hay formalidad en la enseñanza, y en definitiva pierden los niños en la casa el tiempo que podrían aprovechar en la escuela.